

BORDÓN

Revista de Pedagogía



Volumen 69
Número, 2
2017

SOCIEDAD ESPAÑOLA DE PEDAGOGÍA

MORIN, E. (2016). *Enseñar a vivir. Manifiesto para cambiar la educación*. Barcelona: Paidós (Espasa Libros S.L.U.), 157 pp.

Si bien es cierto que Edgar Morin (1921) recapitula, en este libro, diferentes tesis ya conocidas y estudiadas durante los últimos años porque siempre se ha interesado por la educación (*La mente bien ordenada* y *Los siete saberes necesarios para la educación del futuro*), consideramos que es muy oportuno realizar la correspondiente recensión. El principal motivo es que, a partir de una de las máximas de Rousseau en que nos anuncia que enseñar consiste básicamente en enseñar a vivir, aborda una cuestión tan esencial en la pedagogía como es la de saber vivir y, además, teniendo en cuenta el proceso de degradación de la calidad de vida (desmesura, individualismo, aceleración) que estamos presenciando desde hace un tiempo.

De esta manera, es evidente que Morin muestra la importancia de la filosofía como motor y guía de la enseñanza para la vida desde la edad más temprana, dado que, en ella, podemos encontrar una propuesta de forma de vida que tiene que ser enseñada y aprendida a través de un proceso educativo (Rabelais, Montaigne). Por consiguiente, no contempla la posibilidad de una filosofía sin antropología ni una antropología sin filosofía porque, de esta manera, es posible retomar todas las grandes cuestiones de la historia, como las preguntas qué somos o qué es una vida buena, bella, digna y valiosa, tal y como él mismo ha hecho en sus obras autobiográficas (*Autocrítica*, *Mis demonios*, *En carne viva*). Ahora bien, Morin destaca que actualmente este proceso educativo solo será posible llevarlo a la práctica si no provocamos una

metamorfosis (evita hablar de reforma o revolución) del sistema educativo contemporáneo en su totalidad, ya que está basado en el modelo disciplinar de la universidad y en la disyunción entre ciencias y humanidades (p. 152).

A la vista de lo dicho, ya podemos anunciar que el libro objeto de esta reseña está compuesto por seis capítulos que cada uno de los cuales persigue el mismo propósito: establecer las bases principales para hacer realidad un cambio pedagógico que equipara a la génesis de la universidad moderna nacida en Berlín a principios del siglo XIX. En este sentido, el autor hace un doble ejercicio en cada capítulo: por un lado, diagnostica la situación actual de la educación y de la civilización en general y, por otro, suscita cuáles son los principales retos de la enseñanza actual para que, tanto la escuela como la universidad, puedan formar a alumnos que sean capaces de vivir con plenitud.

En el primer capítulo, el autor muestra que la escuela y la universidad enseñan muy parcialmente a vivir porque dichas instituciones, centradas en los saberes separados y fragmentarios, no introducen una cultura base que incluya el conocimiento del conocimiento para conocernos a nosotros mismos (Sócrates). De esta manera, fracasan en su misión esencial, es decir, no aportan las defensas necesarias para afrontar las incertidumbres de la existencia ni tampoco la reflexión o la interrogación sobre el buen vivir (p. 50). Luego y, ya entrando en el segundo texto, nos recuerda que la crisis de la educación debe plantearse

en su propia complejidad y, por ello, nos remite a una nebulosa espiral de crisis cuyo conjunto forma la crisis de la humanidad (p. 59). Así es que el autor es consciente de que la educación no puede por sí sola cambiar la sociedad, pero, al mismo tiempo, destaca que en el corazón de la crisis de la educación están los fallos en la enseñanza para la vida (p. 62).

En los siguientes capítulos, el autor aborda los dos términos clave del libro. Por una parte, hallamos que la tesis de que la educación para la comprensión es importantísima en un sistema de enseñanza y, al mismo momento, lamenta que ahora está ausente. En este sentido, considera que facilita la relación profesores-alumnos porque se hace cargo del otro en todas sus manifestaciones posible, algo que en las conclusiones acaba de profundizar introduciendo la idea de regenerar el Eros pedagógico, es decir, el amor al alumno (Platón). Y, por otra, es el turno del conocimiento del conocimiento que conlleva a una reforma de pensamiento y, por consiguiente, al pensamiento complejo que nos permite alejarnos de las verdades parciales (Hegel). En

otro orden de las cosas, y a tenor de que el autor es consciente de que vivimos en una época de incomprendimientos mutuos, Morin, ya situados en los dos últimos capítulos, se postula a favor de realizar una ciudadanía terrícola y continuar la originalidad francesa dentro de la integración europea a partir de una regeneración política, cultural y pedagógica (*francisa-ción*).

Sin duda alguna, esta obra contribuirá a seguir reflexionando, de forma crítica, sobre la tendencia tecnoeconómica, cada vez más poderosa e influyente, que tiende a reducir la educación a la adquisición de competencias socioprofesionales y, al mismo tiempo, representa una magnífica oportunidad para repensar el asunto de las competencias existenciales porque, según las tesis defendidas por el propio Morin, pueden regenerar la cultura e introducir temas vitales en la enseñanza, como la aspiración a vivir bien. En definitiva: esta obra dignifica y recupera los ideales humanistas de la educación.

Jordi García Farrero
Universidad de Barcelona

PRING, R. (2016). *Una filosofía de la educación políticamente incómoda*. Madrid: Narcea. 158 pp. [edición a cargo de María G. Amilburu]

No debemos rechazar la bondad que reside en la incomodidad que todo proceso verdaderamente educativo suscita. De ahí que este libro, incómodo pero también revulsivo, merezca estas líneas. Estamos ante un libro compuesto por diez recientes artículos y conferencias que ha sido cuidadosamente editado por la compañera María G.

Amilburu y que nos ofrece una clara visión de lo que el profesor Richard Pring, catedrático emérito de Filosofía de la Educación en la Universidad de Oxford, considera que la educación es y debería ser. Su larga experiencia y contrastada pericia respaldan un discurso que pone contra las cuerdas a todas aquellas políticas educativas que

diluyen la grandeza del proceso educativo. Las mismas que se empeñan en ponerlo al servicio de lenguajes empresariales con diminutas aspiraciones que nada tienen que ver con el ideal de plenitud humana que el propio Pring rescata del pensamiento de Oakeshott.

“Ahí está la trampa. El lenguaje tomado del mundo de los negocios, de la empresa y del mercado, al formular un concepto tan pobre y limitado del ser humano y del aprendizaje, somete al mismo tiempo la educación a los mecanismos de control social, socava la autoridad y el papel del profesor como experto en materias educativas, deja indefenso al alumno contra la tiranía del gobierno o del mercado, y desprecia los valores considerados ‘irrelevantes’ desde el punto de vista económico” (Pring, 2016: 36).

La obra, amena de principio a fin y con claras referencias cruzadas, se divide en dos grandes apartados: 1) los fines de la educación y 2) necesidad de la filosofía de la educación en las políticas y las prácticas educativas.

En el primero de ellos se profundiza directamente en qué se entiende por una persona educada, dando por hecho que la educación es más de lo que comúnmente entienden muchos legos y no pocos versados. “Educamos a las personas, no a perros ni a monos. ¿Por qué no? ¿Qué es lo que distingue a las personas para que consideremos que su desarrollo requiere procesos que reciben el prestigioso nombre de educación?” (ibid.: 13). En sintonía

con el clásico estudio de Bruner, *Man: a Course of Study*, sus párrafos nos animan a reflexionar sobre lo que nos define como humanos, cómo llegamos a serlo y, sobre todo, cómo podemos serlo —o no— de un modo más pleno.

Siguiendo sus ideas: “Es un error limitarse a buscar resultados de aprendizaje cuantificables, reduciendo la enseñanza a la mera preparación para superar unos exámenes” (ibid.: 18). Un objetivo que irremediamente nos conduciría al que Dewey denominó “el pecado mortal de la educación”: el desinterés y el aburrimiento, verdaderos pilares de todo proceso deseducativo. Es de recibo resaltar que a lo largo del centenar y medio de páginas que conforman el libro encontramos con frecuencia a John Dewey (Escuela Común, sabiduría de la raza, gestión de la vida de manera inteligente, reconstrucción de la experiencia, falsos dualismos, etc.), pues el profesor Pring es especialista en su pensamiento filosófico-educativo, destacando las influencias que en él se perciben del idealismo de T. H. Green, la teoría evolucionista de Darwin o el pragmatismo de C. S. Peirce.

Tras las elucubraciones que toda teoría o filosofía de la educación requieren, pasamos a una segunda parte algo más relacionada con la realidad —inglesa en su mayor parte, pero fácilmente extrapolable en todo caso— y su necesidad de cambio con respecto a ciertos aspectos: investigación basada en evidencias y el falso antagonismo cuanti-cuali, entre otros. En este sentido, cabe resaltar la distinción que se realiza

entre “evidencia” y “prueba”, enfatizando el necesario salto lógico que desde la primera ha de darse para concluir algo, recordando al mismo tiempo la contextualización que toda evidencia debe tener en función del discurso en el que se esté participando. En educación, al fin y al cabo: “Las evidencias de que se dispone en muchos casos se parecen más a las que se mencionan en las novelas negras que en las investigaciones científicas” (ibíd.: 88). Todo ello, evidentemente, sin llegar al extremo opuesto que corrobora la que denomina “falacia de la singularidad”.

Al discurrir sobre las virtudes y los defectos del investigador educativo, el libro acentúa la dimensión ética, distinguiendo entre “principios” y “reglas”, así como entre una postura deontológica y otra consecuencialista, llegando a la conclusión de que las comunidades, como contextos sociales, favorecen el ejercicio de las virtudes que todo buen investigador educativo ha de demostrar. Un aspecto, la comunidad, que también ha de

ser irremediamente tenido en cuenta por las universidades a la hora de reformular sus planes de formación de los futuros profesores.

En el último capítulo, significativamente titulado “Recuperar la educación”, el Dr. Pring hace uso de distintas metáforas en las que el profesor aparece como guardián de la cultura, dispensador del currículo y creador de un orden socialdemocrático, volviendo de nuevo sobre el comienzo del libro al plantearse, desde otro ángulo, qué es y qué no es una persona educada.

Suele decirse que ningún mar en calma hizo nunca buenos marineros, al igual que es probable que pocos libros incómodos, de aquellos que dejan huella, caigan en el olvido. Tras su lectura, y entre otras muchas reflexiones, todos deberíamos replantearnos el equilibrio entre lo que es digno de ser aprendido y lo medible y cuantificable.

José L. González-Geraldo
Universidad de Castilla-La Mancha

DUNN, D. (2016). *Maestras y maestros excelentes en Primaria. Sugerencias y estrategias para mejorar el trabajo cotidiano en las clases*. Madrid: Narcea, 127 pp.

La excelencia es un término que goza de amplia y justificada aceptación. Desde la areté griega, pasando por “la obra bien hecha” de Eugenio D’Ors, hasta los actuales modelos de calidad, la palabra tiene connotaciones de algo que supera a lo bueno para adentrarse en lo mejor. También los profesores desean la excelencia en su trabajo y en sus resultados. A ayudarles a conseguirlo se dedica este libro escrito por un profesor que ha conseguido

un reconocimiento de su centro, usando las estrategias descritas, en tan solo 12 meses. El paso de clases satisfactorias a excelentes no es simple y no existe una única forma de hacerlo. Lo que el autor ofrece son ideas, estrategias, diferenciación, planificación, personalización y evaluación, experimentadas por él mismo, interiorizadas en el quehacer diario, y cuyo objetivo es ponerlas en común con otros profesores que aspiren a ser también excelentes.

Comienza presentando en qué consiste ser un profesor excelente vinculándolo a una enseñanza excelente y a resultados excelentes en los alumnos; propone liberar al educador excelente que todos llevamos dentro. Lo primero que introduce es el cuidado y fomento de las relaciones, con base en Karl Rogers y lo fundamenta en tres bases: ser auténticos, ser empáticos y mostrar respeto. La sonrisa está en la base de las relaciones, así como el interés por las cuestiones personales de cada uno. Con los padres también establece normas para una comunicación cercana, fluida y regular.

Centrándose en los aspectos netamente profesionales, se inicia con una planificación que sea excelente, basada en una pregunta diaria: ¿qué quiero que mis alumnos aprendan en esta clase? A continuación, se debe formular como objetivo esa respuesta, desglosada en las partes principales que contiene, dando una información clave y vinculándola a la evaluación. Además el aprendizaje debe ser personalizado y de calidad, para lo cual se pide la participación y la mejora de todos los alumnos en el vocabulario clave de cada tema, incluyendo a todos los alumnos y revisando continuamente el proceso de aprendizaje con las actividades diferenciadas y razonadas. Presenta diversas estrategias para conseguirlo: enseñar al gato, resumen visual, conferencia de prensa, etc., en el ámbito individual; y en el grupal, otro racimo de actividades sugerentes que se titulan: grábalo, el contrato, romper el hielo, verdad o mentira, mapas conceptuales, etc.

El capítulo referido a la evaluación es considerado por el autor como nuclear y en él propone cómo se puede realizar una evaluación rápida y útil para que funcione en una clase. Se trata de conocer lo que los alumnos saben y no saben y cómo compensar esa diferencia. Basa su propuesta en diez principios básicos: planificación eficaz, centrarse en el aprendizaje de los alumnos, reconocerse como un elemento básico, que sea clara y constructiva, con motivación a los estudiantes, alcanzar los objetivos, autoevaluación, reconocimiento del logro y que se reciban elementos para saber cómo mejorar. Tanto en la evaluación formativa (a corto plazo) como en la sumativa (a largo plazo) presenta objetivos y criterios de éxito, individual y entre compañeros, con estrategias fáciles, juegos, roles, semáforos, sonrisas y autoevaluación reflexiva. La gestión de la clase desde la decoración pasando por las estrategias, las expectativas, el tono de voz, las preguntas, el ambiente en general, la lectura, la reflexión, las rutinas y la organización general del aula suponen un elemento decisivo en el camino a la excelencia vinculados al cumplimiento de las expectativas altas y posibles. La inclusión imprescindible se basa en el trabajo cooperativo organizado en cascada, en círculos concéntricos, en rompecabezas, etc., y fomentando un estilo de aprendizaje adecuado a cada caso. El hacer preguntas en clase, derivado del método socrático lo vincula a la taxonomía de Bloom, dando sugerencias para cada uno de los niveles y eliminando, por ejemplo, las manos levantadas que interfieren con los niños de pensamiento más lento. Las posibilidades de las

preguntas son casi infinitas y se presentan ejemplos muy claros de avance-retroceso en el aprendizaje a través de la interrogación, para llegar al aprendizaje excelente. Los vínculos y la apertura de la clase a la interculturalidad pueden vincularse a materias como la geografía o las matemáticas que consigan normalizar y promover acciones comunitarias de inclusión y aceptación por medio de un mejor conocimiento.

El inicio y el final de las clases merecen un apartado específico. Para empezar es básico predisponer a los alumnos a escuchar, motivando a la participación, y siendo suficientemente hábil para que todos los niños participen. Iniciar con juegos como el número misterioso, localizar un error, búsqueda de alguna cuestión clave, adivinar alguna cosa, ordenar, algún juego de competición, bingo, encuentros, etc., permiten captar la atención y mantenerla para continuar un tiempo de aprendizaje fructífero. Por su parte, el final de la clase exige recapitular, resumir, revisar el vocabulario y los objetivos usando alguna forma de refuerzo del aprendizaje que se pretendía. Para ello sintetiza cuatro áreas que deben estar presentes en un resumen final excelente: claridad, implicación, capacidad para ponerse a trabajar y metaprendizaje. Además da cinco reglas de oro para probar una hipótesis y para la toma de decisiones, con diversos ejercicios y propuestas para conseguir el mejor resultado del aprendizaje, vinculándolo a los objetivos, a los criterios y al retar y estimular a los alumnos.

La cuestión de los deberes se revisa con sus pros y sus contras, sin tomar una postura cerrada sobre los mismos, hace unas recomendaciones para conseguir extraer de ellos el mejor aprendizaje que sea entretenido, atractivo y con recompensas. Sobre los profesores de apoyo destaca su importancia y la modificación de su forma de intervención, para pasar de atender a un alumno a planificar y desarrollar en equipo con el profesor de aula sus actividades. La autoevaluación y el desarrollo profesional se presentan como tutorías entre compañeros, como observación entre pares, compartir las buenas prácticas, intercambios y otras variadas cuestiones y actividades que permitan percibir las fortalezas y debilidades personales. Finalmente se pide ser un profesor que sabe dónde están los alumnos y hacia dónde debe conducirlos, basado en el amor a las personas y a las tareas, haciendo de la mejora el centro de su quehacer educativo.

Se trata de un libro muy sencillo, aplicado, sin pretensiones teóricas, pero basado en el conocimiento de las diferentes propuestas que se encuentran en el camino hacia la excelencia. El profesorado de primaria, pero también de otras etapas educativas, encontrará en él ideas, ejemplos, caminos y apoyo a su deseo de convertirse en un profesor excelente como proclama en su título.

Isabel Cantón Mayo
Universidad de León

BONA, C. (2016). *Las escuelas que cambian el mundo*. Barcelona: Penguin Random House Grupo Editorial. 334 pp.

César Bona (Ainzón, Zaragoza, 1972) se convirtió hace unos meses en el mejor profesor de España. Su clave es su empatía, su capacidad para conectar con los alumnos y detectar lo que les falta y lo que les puede motivar. Además de la creatividad también quiere que sus alumnos desarrollen el espíritu crítico y sepan plantear alternativas. Todas las experiencias, anécdotas e iniciativas, entre muchas otras, que son relatadas en el presente libro y en su primero (*La nueva educación*, Penguin Random House Grupo Editorial, Barcelona, 2015), le han llevado a optar al Global Teacher Prize, un galardón equivalente al Premio Nobel del Profesorado, en el que César, como único español, se ha contado entre los 50 finalistas.

A partir de la cuestión “¿Para qué sirve la educación?”, se introduce al lector a la afirmación de que otra forma de educar es posible. Se exponen siete ejemplos de escuelas, de ciudades y pueblos de distintas comunidades autónomas de España, con cosas comunes y algunas diferencias. De manera concreta, estos centros educativos forman parte de la red mundial de “Escuelas Changemaker”, y de ellos se muestra la voz de los niños y de las familias.

En los siete capítulos del libro se describe la ruta por los centros escolares, con proyectos integrales donde el respeto, la creatividad, la imaginación, la motivación, el trabajo en equipo, la curiosidad, la empatía y la interacción con la sociedad son el mejor camino para la formación como seres sociales y para una educación “real”. El

denominador común de estas escuelas se enmarca en concebir la educación como el primer escalón para crear agentes de cambio.

El profesor César Bona expone, de una manera cercana, que “hay quien piensa que la escuela es un reflejo de la sociedad. Sin embargo, otros pensamos que es la escuela la que puede cambiar esa sociedad, que es el mejor camino para conseguirlo y construir un mundo mejor” (p. 15). Asimismo, de manera inconformista y esperanzadora, nos aporta que “el fracaso escolar no es de los niños, sino del sistema o de los docentes que lo llevamos a cabo” (p. 13). Concreta que “lo que llamamos *fracaso escolar* ocurre porque hemos definido un camino tan pequeño que el que no cabe, se sale. Pero si ese camino fuese más grande, muchos chicos podrían seguir en él” (p. 191). Y este es el motivo por el cual apunta que un niño, una niña o un adolescente necesitan ir felices a la escuela o al instituto; y, de manera crítica, subraya que las escuelas deberían enseñar a los chicos a reflexionar, más que a pasar exámenes. En concreto, aconseja velar por su bienestar, enseñarle a entender el mundo y estimular su curiosidad para que aprenda, para que asimile que uno mismo tiene la capacidad para solventar cualquier problema que se le presente. Nos habla de educar el corazón de los alumnos, además de la importancia en la necesidad de estimular la curiosidad.

Por todo esto, César Bona, a lo largo de su libro repleto de diálogo, afirma que para hacer frente a los problemas, a las dificultades de la

sociedad y del sistema, se necesitan personas con determinación, creativas, curiosas y con el deseo constante de aprender de los demás. En todo momento nos habla de una educación que tenga en cuenta el alumnado como ser social; pues este pasará toda su vida rodeado de otras personas, pero en momentos solitarios; deberá trabajar en equipo; y será necesaria la empatía y la adquisición de conocimientos. En resumen, gente preparada, que disponga de herramientas y que esté dispuesta a hacer de este mundo un lugar mejor.

Y así es como el maestro considerado como el mejor profesor de España hace de esta obra una lectura imprescindible para padres, madres, maestros, maestras y para cualquier interesado por la educación y por un mundo mejor. En primera persona, se detalla al lector diferentes estrategias metodológicas de su ruta por los siete centros

educativos, como, por ejemplo, las asambleas, el *bibliopatio*, el contacto con la naturaleza, el muro con piezas de foam, el pedido para comprar, los tesoros del huerto, la Constitución escolar, los cuentos... Y todo ello, en el marco de la escuela inclusiva, la educación emocional, la importancia de las preguntas y la curiosidad, la participación de las familias, el compromiso para la mejora de la sociedad y del mundo en que vivimos, entre otros.

César Bona sabe cómo inspirarnos, ponernos en situación de sus vivencias, hacernos ver que se pueden hacer las cosas mejor e incluso emocionarnos, apasionarnos y esperanzarnos. La escuela puede (y debe) cambiar la sociedad; porque una educación no es un sueño, es una realidad.

Laia Lluch Molins
Universidad de Barcelona